

Jacek Palkiewicz, italiano de origen polaco, no necesita que lo presenten: cruzó solo el océano en un bote, recorrió junglas y desiertos, subió al Himalaya... Pero de su ruta por Siberia dice: «Esta expedición ha sido la más dura para mí».

ITALIANOS EN SIBERIA

Leonid REPIN

Es notorio el dicho: se vive bien donde no estamos. Diré más: también es bueno lo que no tenemos por ahora. Todo esto en conjunto parece impulsar a Jacek Palkiewicz a recorrer el mundo, dejando a su esposa y a los numerosos hijos sumidos en la más profunda tristeza. Cuando llamó a su mujer desde Yakutsk para decirle que volvería solo el próximo viernes, la pobre Linda se ahogó en sollozos: había esperado paciente un mes entero pero ya no podía aguantar dos días más de separación.

Desde el inicio del invierno, Jacek y sus compañeros estuvieron preparando la marcha, haciendo la ropa para abrigarse, seleccionando a los renos de tiro, precisando el itinerario. El 10 de febrero de 1989 la expedición partió de Yakutsk rumbo al polo del frío del Hemisferio Norte, situado en el poblado de Oimiakón, planificando recorrer 1.200 km en tres semanas.

Cuatro italianos y el mismo número de soviéticos lograron lo deseado. Después de finalizar la ruta Jacek dijo: «Cumplimos todo en el 100%. Y hasta en más». Roberto Lorenzani, Graziano Piccinini y Nicola Cerfoglio, quienes antes no se imaginaban lo que era Siberia en invierno, también se sentían muy contentos, aunque salieron con narices y de-

dos de pies y manos congelados.

La temperatura que les cayó en suerte soportar fue de -53°C . La expedición avanzó fundamentalmente por ríos congelados, que era el método más fácil. Pero también tuvieron que cuidarse constantemente de no caer en alguna grieta en el hielo, cubierta por una fina capa de nieve. Los sueños amantes del calor tomaban baños gélidos literalmente a cada paso, se hundían sin cesar hasta la cintura o hasta el pecho. «Ninguno de mis amigos —diría después Palkiewicz— se imaginó la vida en medio de esta temperatura tan baja». Todos se congelaban desesperadamente durante las noches: la temperatura en la carpa era solo cinco grados más alta que afuera. Uno de los arrieros y habitante de la zona, por primera vez resultó con la nariz congelada.

Los quehaceres cotidianos exigían mucho tiempo y fuerzas: buscar el lugar para acampar, recoger leña para el horno y ramas para acomodarlas bajo la carpa... Organizar el campamento con todos estos esfuerzos les solía ocupar cuatro horas. La misma cantidad de tiempo se invertía por la mañana en buscar a los renos que pastaban y engancharlos en los trineos. A menudo avanzaban de noche y solo dormían seis horas diarias.

¿Qué comieron? Lo mismo que los habitantes locales: carne de reno congelada y cortada en tiras finas, manjar delicioso para la población local, pero no para un extranjero. El pan se convertía en hielo a esta temperatura, solo se podía serrucharlo, lo que los viajeros hacían con éxito. De los productos de la civilización solo consumían té y café. Y también el imprescindible —para estas condiciones— alcohol. Les vino de maravillas cuando celebraron tres cumpleaños: de Roberto, de Graziano y de Igor Mi-

jaliiov, reportero gráfico de la AIN. Jacek sirvió el alcohol a todos en las cajitas de plástico de las películas fotográficas. No tuvieron que buscar mucho los regalos: en aquella época precisamente los renos cambiaban sus cuernos.

¿Encontraron muchas fieras en el camino? Vieron muchísimas huellas, pero en vivo solo se toparon con alces y perdices. Una vez vieron el rastro de un lobo grande: toda la noche anduvo cerca del campamento y aulló larga y desagradablemente. Tarzán, el perro del arriero Andréi Struchkov, se arribaba al dueño. Los renos, que solían apartarse muy lejos por las noches, aquella vez se quedaron en el campamento.

La expedición consistía de una caravana de 15 trineos tirados por dos renos cada uno. Otros diez renos iban de reserva. La precaución no fue en vano: un reno murió un día antes de llegar a Klubem, el primer poblado de la ruta. Tuvieron que dejar a otros dos porque no podían levantarse, aunque los arrieros expresaron la esperanza de que no se perderían porque en semejantes casos los renos, después de descansar, se incorporan al rebaño.

Arribaron al polo del frío el 8 de marzo por la noche, cuando hacía 43° bajo cero. Las dificultades del recorrido y el objetivo común hermanó a los cuatro italianos, los dos rusos y los dos evencos. (Solo me faltó por mencionar al camarógrafo de televisión, Vladislav Bochkovski, y al arriero Dima Yeffimov.) Durante la marcha todo lo repartían por igual: el pan y el trabajo.

¿A dónde cree que Jacek realizó la siguiente expedición? ¿A la selva? ¿A las junglas? ¿A la pampa? No, de nuevo a Yakutia, esta vez en verano. En 1990 volvió a «pasear» por la URSS: en algún lugar de

Kamchatka.

Los sentimientos contradictorios me preocupan: por un lado, quiero exclamar con admiración: «¡Bravo, Jacek!» y por otro, preguntarle con reproche: «Jacek, ¿cuándo dejarás de torturar a tu pobre Linda?»